

En la tumba de Pio X

(Continuación)

... Al lado izquierdo de la tumba me coloqué, y, allí recogido, medité y oré por espacio de una hora. Acudió a mi mente la grande figura del Pontífice, en cuyas manos colocó el Señor, por espacio de once años, los destinos del género humano: las llaves del cielo y de la tierra. Esta grande figura ha desaparecido y otra figura, no menos grande ha tomado sobre sí la altísima herencia.

Antes de morir dejó escrito que su cadáver fuese enterrado en el lugar más oculto de la Basílica Vaticana, con el fin de que allí permaneciese ignorado del mundo. Dios que ensalza a sus humildes servidores, ha permitido que los sobrevivientes le alcen un grandioso y artístico monumento en el interior de la Basílica misma. Su *pobre y humilde* vida, mientras podía vivir en la opulencia, le circunda con la aureola de gloria y grandeza que sólo nuestra religión santa puede dar a sus fieles servidores. (1)

Allí pensaba yo que todo pasa aquí en esta tierra; incluso los hombres que están revestidos de dignidad suma, sólo una cosa queda: la de haber vivido como santos, como justos, según la doctrina evangélica. Estos pensamientos acudían precipitados a mi mente que se elevaba a los sublimes ideales de la vida futura, merced la práctica de las enseñanzas y de los ejemplos de Jesucristo y de los infalibles sucesores, vicarios suyos.

Oraba: en tal lugar y circunstancias ¿a quién no le acude en sus labios la oración? ¿Quién no se siente henchido de santo entusiasmo en el lugar donde Pedro derramó generosamente su sangre y donde descansa su último sucesor? Rogaba a San Pedro, rogaba al Santo

(1) Todo lo que va escrito en el presente artículo no tiene más valor que el humano, quedando a salvo los decretos de la Iglesia a la que tenemos sujeta nuestra voluntad y obediencia.